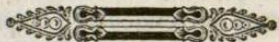


los extranjeros, á fin de poder librarse de la opresion en que jemia. Conoció vivamente Cortés todas las ventajas que estas disposiciones le prometian; vió reinar la desunion en ese grande imperio y aborrecer al emperador la mayor parte de los habitantes; conjeturó que no se reducirian á una sola provincia las causas del descontento y que en otros lugares encontraria hombres cansados de la sumision, ó deseando un cambio y dispuestos á seguir la bandera del primer libertador que se presentara. Abundando en esas ideas y empezando desde entonces á trazarse un plan que podia ejecutar, cuando le hubiese proporcionado mas datos el exacto conocimiento del estado del pais, recibió muy bien á los zempoales prometiéndoles que no tardaria en ir á visitar á su cacique.




---



---

### CAPITULO VII.

*Sumision de los Zempoales y de algunas otras tribus. — Su alianza con los españoles.*

Siendo bajo muchos aspectos muy poco favorable la posicion de Villa Rica, vino á ser indispensable escojer otro punto para establecer el sitio principal de la colonia. Se envió á Montejo para examinar la costa y encontrar un paraje cómodo y seguro. Al volver, manifestó que cerca de cuarenta millas del norte, habia encontrado una poblacion llamada Quiabislan, situada en medio de una tierra fértil, cerca de una ensenada, en donde estarian los navios en completa seguridad. Determinóse Cortés á trasladarse allí y á cumplir la promesa que al cacique de Zempoala habia hecho, puesto que esta provincia se encontraba cabalmente en el camino que á Quiabislan conducia. Al cabo de

los tres días de marcha, entró en la capital é hizo adelantar sus tropas hasta las plazas; sorprendiéronse los españoles á la vista de aquellas hermosas casas que manifestaban claramente el bienestar y aun la riqueza de que disfrutaban los naturales. Todas las calles y plazas estaban llenas de un inmenso pueblo, pero estaba desprovisto de armas capaces de infundir sospechas. Estaba el cacique sentado en la puerta de su palacio; era gordo en extremo; acercóse lentamente, apoyado en los brazos de algunos indios nobles; iba cubierto con una manta de fino algodón, ricamente adornada de oro; dirigió algunas palabras al general, suplicándole que fuese á descansar y prometiéndole tratar al día siguiente con él acerca de sus intereses comunes.

Los alojamientos que se les habian mandado disponer, estaban bajo los pórticos de muchas casas, en donde se colocaron los españoles sin embarazo de ningun género y encontraron en abundancia todo lo que podia satisfacer sus necesidades. Al día siguiente, fué anunciada la visita del cacique con un presente cuyo valor ascendia á dos mil pesos de oro. Acompañado Cortés de todos sus capitanes, pasó á recibir al gefe y lo condujo á su alojamiento, en donde no estaba sino doña Marina, á fin de dar á esta conferencia una misteriosa importancia. Despues de haber proferido algunas palabras acerca de la grandeza de su rey y de los errores de la ido-

latría, añadió que la religion de los españoles les obligaba á destruir la injusticia, reprimir la violencia y socorrer al débil oprimido; con este medio podia conocer las verdaderas disposiciones del cacique; en efecto, el cambio que en su semblante apareció, dió á entender al general que habia tocado en la herida. Antes de contestar, lanzó algunos suspiros; en fin, pareciendo ceder á los impulsos del dolor, confesó que jerman todos los caciques bajo una vergonzosa esclavitud, bajo el peso de la tiranía y de las crueldades de Motezuma, y que no tenian fuerza suficiente para sacudirla, ni aun conocimiento ó penetracion bastante para imaginar los medios; que ese inhumano Señor obligaba á sus vasallos á que le adoraran como uno de los dioses del pais y que queria fuesen respetadas sus injusticias y violencias como decretos del cielo; que no les permitia la razon pedir auxilio á los estrangeros, no solamente porque el emperador era muy poderoso, sino tambien porque Cortés no tenia bastante obligacion para declararse en favor de los zempoales.

Mucha sorpresa causó al general semejante lenguaje; aparentó sin embargo haber atendido; aseguró al cacique que temia muy poco las fuerzas de Motezuma, porque las suyas eran favorecidas del cielo, pero que estando llamado por otras consideraciones en Quiabiskan, aguardaria allí á aquellos que se creyesen oprimidos y tuviesen alguna confianza en los socorros que

podría concederles; añadió que podía libremente comunicar esta proposición á sus amigos. «Estad seguro, le dijo, que cesarán los insultos de Motezuma y que servirán únicamente para su propia vergüenza, cuando trate yo de protegeros.» Después de esta esplicacion, se despidieron y dió al instante Cortés la orden para proseguir su marcha hácia Quiabíslan.

Parecióle tan favorablemente situado y tan bien elegido el lugar que Montejo habia indicado, que trazó en seguida el plan para una población; las casas no debian ser sino humildes chozas, pero las murallas convenia fuesen bastante fuertes para resistir el ataque de un ejército de indios. Por lo demás, esas fortificaciones eran indispensables, fuese para proporcionarse un lugar de retirada, fuese para conservar una comunicacion con la mar; es por ese motivo que oficiales y soldados pusieron manos á la obra. Cortés dió ejemplo de actividad y perseverancia en el trabajo, ayudáronle los indios con mucho gusto y luego estuvo este pequeño recinto en estado de defensa. Durante la ejecucion de estas operaciones, tuvo Cortés muchas entrevistas con los caciques de Zempoala y de Quiabíslan, quienes se esforzaron en describir los terribles actos del tirano Motezuma; los mas horribles y crueles se habian perpetrado en el territorio de los totonaques, en donde los bárbaros mejicanos habian sacrificado un gran número de personas de ambos sexos. Estando en una de

esas conferencias anuncióse la llegada de seis ministros de Motezuma, quienes eran enviados para cobrar los tributos anuales. Comparecieron estos comisarios con extraordinaria pompa y aparato y sin saludar siquiera á Cortés; reprendieron severamente á los caciques porque habian recibido á los estrangeros á pesar de la formal prohibicion del emperador; amenázaronles con energía, pidiéndoles que les entregaran veinte hombres, cuyo sacrificio serviria de espacion por el crimen que se habia cometido.

Esta demanda llenó á los caciques de consternacion y llanto; horrorizábanse á la idea sola de no cumplir las órdenes de su soberano; ¡tanto imperio sobre ellos ejercia el hábito de la esclavitud! Reparando Cortés en su espanto y presumiendo que estarian muy contentos en alejar de sí la gran catástrofe que les amenazaba y de la cual no podian librarse ellos mismos, mandó á sus tropas que prendieran á aquellos ministros y prohibió á los indios que pagaran el tributo. Recobraron el valor los caciques con estas enérgicas medidas, quienes, segun el carácter de los pueblos salvajes, pasaron de un extremo á otro. A estos hombres á quienes no se habian atrevido desobedecer, por considerarlos como representantes del emperador, los miraron entonces como ciegos ministros de sus arbitrariedades; en medio de su indignacion y despecho querian ofrecerlos en holocausto á los dioses; todo estaba dispuesto ya para el sacri-

ficio, cuando interpuso Cortés su alta autoridad, declarando que aquellos comisarios estaban bajo la salvaguardia de sus tropas, y á fin de darles una idea de su generosidad, mandó que se pusieran á dos de ellos en libertad.

Comprometidos en tanto gravemente los caciques, mostráronse sensibles en gran manera á los peligros que corria Cortés esponiéndose á la venganza del emperador, peligros que les parecian muy horrorosos segun el conocimiento que tenian de las intenciones del soberano; presumian que no titubearia este en poner en pie un numeroso ejército, luego que supiese la conducta que se habia observado con sus ministros. Esforzóse Cortés en calmar sus temores prometiéndoles su proteccion y socorros. Obligáronse los caciques por su parte á ayudar á los españoles con todo su poder, y á fin de sancionar ese mutuo contrato, declaráronse vasallos del rey de España. Se recibió auto solemne de este reconocimiento ante el escribano de la expedicion y manifestó Cortés á sus tropas el gran cambio que se acababa de verificar en la administracion de la provincia. No tardaron mucho los totonaques en imitar á los zempoales. Erales imposible sufrir por mas tiempo las crueldades de Motezuma; su espíritu guerrero no les permitia ser oprimidos y esclavizados tan insolentemente y les obligaba á tomar una sangrienta venganza; eran estos por consiguiente los mas interesados en fomentar la rebelion; com-

prometiéronse entonces las tres tribus á seguir á Cortés en todas sus expediciones.

Dirijióse la primera empresa de los españoles y de sus nuevos aliados contra el pueblo de Zimpacingo; el cacique de Zempoala estaba muy quejoso de las crueldades que sobre su territorio ejercian las tropas mejicanas que estaban de guarnicion en aquel lugar; pusóse Cortés en camino seguido de mil indios. A su llegada, vinieron á recibirle ocho de los principales jefes, suplicándole, arrasados de lágrimas sus ojos, que les dejara libres, puesto que la guarnicion habia partido, y el ódio que les profesaban los Zempoales, provenia de antiguas controversias sobre su respectivo territorio. Cortés cuyas miras eran aumentar el número de sus aliados, procedió con la mas sensata conducta; ordenó en consecuencia que se respetaran las propiedades de los habitantes y consiguió reconciliar á los dos caciques. Tenia el mas grande cuidado en mantener la buena inteligencia y armonia entre españoles é indios, vijilaba incesantemente á fin de que ningun atentado cometiesen sus soldados, castigaba con rigor el pillaje por insignificante que fuese el valor del objeto robado. Mandó ahorcar á dos soldados, porque se les habia sorprendido en el acto de robar unas gallinas; mas, gracias á la intervencion de Alvarado, se impidió la ejecucion de la sentencia. En vista de esas pruebas de imparcialidad y de justicia, se atrajo Cortés en poco tiempo el res-

peto y la admiracion de los indios; sin embargo tuvo lugar un incidente que parecia deber ocasionar un rompimiento , pero que aumentó por el contrario , el ascendiente que sobre sus aliados habia adquirido.

Cortés no dejaba pasar desapercibida ninguna ocasion favorable para manifestar sus ideas religiosas , horrorizóse de tal manera al ver el culto que daban los indios á los ídolos y los abominables sacrificios que á sus falsos dioses ofrecian, que proyectó en su mente destruir tan bárbara costumbre ; puras , muy puras fueron sus intenciones , pero los medios de que echó mano, fueron muy imprudentes. Empleó la fuerza cuando debiera haberse valido de la persuasion; mas de una vez habia obligado al cacique á que abjurara de las prácticas de la idolatria ; sus ruegos no habian podido convencerle ; creia-se el pagano que sus dioses protejian su autoridad y que si los abandonaba , perderia su apoyo.

En una de sus mas grandes festividades , reuniéronse los indios secretamente en el templo para celebrar un sacrificio de muchas víctimas. Apresuráronse á informar al general de esta horrible escena algunos españoles que por casualidad habian sido testigos de ella ; estalló su cólera , las razones que habia de emplear para con sus aliados cedieron ante la consideracion de un deber mas justo y mas poderoso. Mandó al instante á sus soldados que tomaran las armas

y apoderándose del cacique y de sus principales dependientes , se dirigió con ellos hácia el templo. Salieron á la puerta los sacrificadores , llevados del temor prorrumpieron en horrorosos gritos para llamar al pueblo en socorro de sus dioses; vióse presentarse inmediatamente algunos hombres armados , á quienes se habia sobornado de intento y cuyo número aumentó de tal manera que llegó á infundir sospechas y recelos al general. Por medio de doña Marina les manifestó que á la primera flecha que dispararan , mataria al cacique y daria licencia á sus soldados para que castigaran á sangre y fuego aquel atrevimiento. Calmaron estas amenazas á los mas activos y mas atrevidos ; el cacique mismo con una voz trémula les mandó que depusieran las armas y se retiraran , lo que verificaron al instante. Pidió Cortés en seguida que á su presencia le condujeran á los sacrificadores ; aseguróles sobre su suerte , pero les declaró que estaba resuelto á destruir sus ídolos , exortándolos á que se dispusieran á esta ejecucion ; á este efecto , prometiéndoles su amistad é intentó persuadirles á que subieran las gradas del templo para echar abajo aquellas estátuas que habian adorado. Tiernos gritos y copiosas lágrimas fueron su única respuesta , arrastráronse por tierra , diciendo que sufririan mil veces la muerte , antes que consentir en derribar sus dioses. Mandó Cortés á sus soldados que destrozaran los ídolos ; vióse al instante rodar por el suelo el

principal de aquellos mónstruos, trás de este los menores, junto con los altares y los instrumentos de su culto. Mirábanse los indios como pasmados al ver que el cielo no se vengaba, sino que permanecía tranquilo y nada de extraordinario se verificaba; así fué que opinaron que no merecian ser adoradas unas divinidades que no tenian poder para vengarse. Habian mirado siempre á los españoles como hombres de una naturaleza superior; desde entonces empezaron á creerles mas poderosos que sus dioses. Aprovechándose Cortés del nuevo ascendiente que acababa de adquirir sobre sus espíritus, mandó á los sacerdotes que limpiaran el templo, lo cual ejecutaron con tanta alegría y celo que hasta echaron al fuego los pedazos de los ídolos. Laváronse las paredes, borráronse las manchas de sangre humana que eran el principal adorno, blanqueáronse con una capa de yeso muy resplandeciente que usaban en sus edificios y por último construyóse un altar en el que se colocó una imájen de la santísima Virgen Maria en medio de una profusion de flores. Al dia siguiente y con toda la solemnidad y ceremonia posibles, celebró allí el padre Olmedo el santo sacrificio de la misa. Cuidóse con mucho esmero este altar y cuando partió el ejército, un soldado anciano quiso quedarse solo en medio de los indios para encargarse del culto de la santa imájen, coronando su vejez con este santo ministerio; este hombre tan valiente como piadoso, llamábase

Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. (14)

Tres meses habian transcurrido desde que Cortés permanecía en Nueva España, sus soldados por consiguiente se quejaban de la inaccion en que estaba su valor; iban á terminarse los trabajos de Veracruz y pedian todos al general que les condujera á Méjico. Este lo mismo que los otros estaba impaciente para proseguir su empresa, pero como gefe hábil, no habia querido comprometer el buen éxito procediendo con precipitacion. Si bien habian obtenido un resultado favorable sus primeras operaciones, sin embargo no se habian destruido sus temores y eran marcados todos sus planes con el sello de la duda; tenia siempre presente la imájen de Velazquez y antes de emprender la guerra contra los mejicanos, queria ponerse al abrigo de los peligros suscitados por el gobernador de Cuba, quien, segun le habian informado, acababa de conseguir el titulo de adelantado general; deseaba ver sancionado por el rey su nombramiento. En atencion á esto, persuadió á los miembros del consejo, que se enviaran á España comisarios á fin de que diesen cuenta á S. M. de su conducta, de sus primeros trabajos y de sus planes para el porvenir, y para asegurarse la benevolencia del rey, le envió todos los tesoros que hasta entonces habia reunido. Ordaz y Montejo fueron elegidos para preparar á los soldados á esta última medida; Cortés no quiso encargarse de ello.

El proyecto de despojar á todas esas tropas de los primeros frutos de sus trabajos para enviarlos á un soberano de quien nada habian recibido y de quien ninguna recompensa esperaban , á primera vista parece que debiera tacharse de locura , pero autoriza á juzgarlo de una manera diferente el novelesco espíritu que animaba á todos los conquistadores del Nuevo Mundo. Concurrieron generosamente todos los soldados á satisfacer las intenciones de su gefe y á deshacerse de las riquezas ciertas que tenian con la esperanza de que obtendrian otras mucho mas considerables. Luego que se dió á conocer la determinacion de ofrecer al rey todos los tesoros y alhajas , abandonó cada uno su parte del botin sin sentimiento ni pesar. Escribieron los miembros del consejo una carta , justificándose de haberse hecho ellos mismos independientes de Velazquez y de haber nombrado á Cortés general. Nada omitieron en sus despachos de lo que podia patrocinar su causa cerca del trono ; contenian un pomposo elogio del talento militar de Cortés , una brillante relacion de las conquistas que se habian hecho y de las que se iban á hacer. Describiéronse con los términos de la mas profunda admiracion la estension del pais , su numerosa poblacion , la hermosura del clima , la fertilidad del suelo , la riqueza de sus producciones , en fin , concluyeron suplicando al rey que confirmara el nombramiento de Cortés , y para dar en cierto modo mas importancia á esta demanda , fué firmada la carta

por todos los oficiales y soldados que sabian escribir. Añadió en ella Cortés un billete particular , en el que hacia relacion de sus acciones en términos propios para hacer resaltar mas su valor; hablaba de las conquistas que iba á emprender con la certidumbre del buen éxito. Encargóse esta importante mision á Portocarrero , uno de los mas fieles amigos de Cortés , y á Montejo , prohibiéndoles espresamente que tocaran en la isla de Cuba en su derrota hácia Europa.

Hemos insinuado mas arriba que habia sabido Cortés la elevacion de Velazquez á la dignidad de adelantado ; vamos á decir ahora como llegó á sus oidos esta noticia. Cuando partió de Zempoala , encontró en la rada de Vera-Cruz , un bajel de poco porte , procedente de Cuba , su capitan don Francisco de Saucedo , natural de Medina de Rioseco : traia este bajel diez hombres y dos caballos , cuyo socorro pareció muy considerable en aquellas circunstancias. La historia no nos esplica el motivo que condujo á Saucedo ; es probable que él y sus compañeros no tenian otro objeto sino tomar parte en la fortuna de Cortés , porque si hubiese abrigado malas intenciones , no le habria dado noticia del nombramiento de Velazquez y de las terribles amenazas que contra él proferia. Fué este aviso de la mas alta importancia y luego que se hizo público , se determinó hacer partir inmediatamente á los comisionados , del modo que acabamos de referir.

---

---

## CAPITULO VIII.

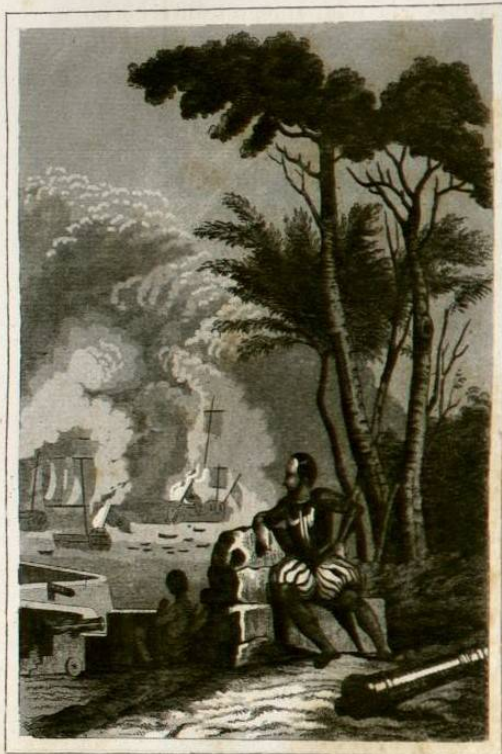
*Primera rebelion en el ejército.— Destruye Cortés su flota.— Vuelve á emprender su marcha.*

Mientras se ocupaba Cortés en los medios de asegurar su porvenir, vióse amenazado de un terrible peligro. Proyectaron algunos soldados y algunos marineros apoderarse de uno de los bajajes y pasar á Cuba, á fin de instruir á Velazquez de lo que acababa de acontecer en Vera-Cruz y ponerle en estado de prender á Portocarrero y á Montejo. Ese complot con mucho misterio tramado, no pudo descubrirse sino pocas horas antes de ponerse en ejecucion (15). Coria, uno de los conspiradores, iba á embarcarse, cuando temiendo ser descubierto, ó arrepintiéndose tal vez de su traicion, se separó de sus compañeros alegando un pretesto cualquiera y corrió á avisar á Cortés de lo que se maquinaba.



El general no dejó perder un instante, obró con mucha prontitud y mucha prudencia, apoderándose de los conjurados que en el bergantín estaban reunidos, en el momento mismo en que iban á hacerse á la vela. Luego estuvo hecho su proceso; castigóse con la pena de muerte á Escudero y á Cermeño, principales autores del complot, cortóse al piloto uno de los pies y se dió de azotes á dos marineros; á los demas se les perdonó, considerándolos como hombres que habian sido sorprendidos y engañados; se alegó este motivo á fin de no tener que deshacerse de todos los culpables.

Con estos motines pudo convencerse Cortés de que no estaba apagada aun la tea de la discordia. Las secretas maquinaciones que en torno suyo se agitaban, si bien poco fuertes para destruir su poder, podian sin embargo debilitar sus recursos; era necesario pues que empleara toda su prudencia, toda su vigilancia para librarse de las intrigas de sus tropas lo mismo que de los ataques de los enemigos; porque mas temores y ansiedades le causaba el pensamiento de una traicion oculta que los preparativos de sus adversarios declarados. Eran en verdad, poco numerosos los partidarios de Velazquez, pero conservaban siempre la esperanza de ejecutar sus primitivos designios, fácil era que se les presentara una ocasion en que pudieran poner dificultades á la expedicion y disminuir sus esfuerzos; conoció por tanto Cortés la ur-



*Cortés destruye su Escuadra*

jente necesidad de prevenir el peligro que temia, y para conseguirlo, creyó que el medio mas seguro era quitar á sus tropas no solamente la esperanza sino aun la posibilidad de volver á su patria. Concibió entonces este grande hombre el inaudito proyecto de destruir su flota, privándose de este modo de toda retirada posible; así tambien pudo aumentar sus fuerzas, engrosando las filas de los soldados con marineros y las demas personas que en los bajeles estaban empleadas; este refuerzo, si bien poco considerable, era sin embargo de la mas alta importancia.

Cortés empero con su habitual política, deseó que tan extraordinaria medida no pareciese de él emanada, sino en cierto modo sujerida por sus tropas. Comunicó su plan á sus mas íntimos amigos, quienes lo aprobaron vivamente, encargándose al mismo tiempo de convencer á los soldados de la necesidad de esta medida; seducidos los marineros por sus discursos y por sus dádivas, publicaron que los navios estaban en un estado muy deplorable é incapaces por consiguiente de servir; vieron los soldados con placer que serian en mayor número, puesto que de allí en adelante nadie tendria necesidad de guardar la flota; todos pues estuvieron de acuerdo para pedir su destruccion. Trasládáronse á tierra los bajeles y se hicieron pedazos de ellos, despues de haber quitado las velas, jarcias, el hierro y todo cuanto podia ser de alguna utilidad. « Por un esfuerzo

de valor del cual ningun ejemplo nos ofrece la historia, dice Robertson, quinientos hombres consintieron de buena voluntad en encerrarse en un país enemigo, poblado de naciones poderosas y desconocidas, quitándose todos los medios de salvarse del peligro por medio de la fuga y no reservándose ningun otro recurso que su valor y su perseverancia.» (16)

No teniendo Cortés nada mas que hacer en Vera-Cruz, se puso en marcha para Méjico. Reunió en Zempoala todas sus tropas y despues de haber celebrado una solemne misa, las revisitó; consistian en quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de campaña. Servian para conducir los bajeles y provisiones doscientos indios de una clase inferior llamados *tamenes*; el cacique que los habia proporcionado, habia ofrecido tambien un considerable número de soldados; escujo Cortés cuatrocientos. Incluyó así mismo en ellos cuarenta indios de distincion para servirle de rehenes y responder de la conducta de su gefe, á quien habia mandado espresamente que obedeciese á Escalante, cuyo sujeto de muy buenas circunstancias se habia quedado en Vera-Cruz con una guarnicion de 150 hombres, compuesta de todos aquellos soldados inútiles para el servicio á causa de su edad ó su poca salud.

Estando ya dispuesto todo para la marcha, llegó un correo de Escalante á fin de notificar á Cortés que se habia presentado un bajel español

con quien ninguna comunicacion habia tenido. Pensó luego el general que ese navio seria enviado por Velazquez; para asegurarse de ello, encargó el gobierno del ejército á Alvarado y á Sandoval y partió con algunos soldados. Al llegar á Vera-Cruz, vió el navio á una cierta distancia de la costa y luego despues apercibió cuatro españoles que se adelantaban en ademán de pedir una entrevista; uno de esos hombres era el escribano; los otros venian para ser testigos de una notificacion que intentaban hacer á Cortés en nombre de su capitan. Estaba escrita; hé ahí su contenido: «Que Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, teniendo órden del rey para descubrir tierras y fundar colonias, habia fletado tres navios con 260 españoles, á cargo del capitan Alonso de Pineda, y como estaban dispuestos á establecerse en la costa, cerca de la ribera de San Pedro y San Pablo, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel parage.» (17) Respondió Cortés que estaba dispuesto á entrar en negociaciones con el capitan, pero que no queria le hablasen de notificacion; insistió el escribano con muy poca reverencia y urbanidad, y mandó Cortés prenderlo junto con los testigos; despues se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, muy frecuentes en aquella playa, en donde pasó toda la noche, esperando que desembarcaran los soldados de Garay, para tomarlos por sorpresa y decidirlos á alistarse bajo su bande-

ra. No habiéndole salido bien esta estratagemá, probó otra; hizo vestir á cuatro de sus soldados con las ropas de los prisioneros; con sus señas y jestos habian de llamar la atención de los del bajel; efectivamente, luego que los observaron, echóse á la mar un esquife con quince hombres; tres solamente saltaron á tierra, quienes fueron cogidos al instante; los demas se volvieron al navio.

Regresó Cortés á Zempoala (18) con el espíritu mas tranquilo y lleno tambien de alegría por su viage, puesto que habia podido recojer siete soldados mas. « Un español, dice Diaz, era en estas circunstancias de tanto valor, que fueron recibidos estos siete hombres con extremo contento y considerados como una numerosa recluta. »

Partió Cortés el 16 de agosto, siguiendo el camino de Tlascala, cuyos habitantes, antiguos amigos de los Zempoales, estaban, segun decia el cacique, continuamente en guerra con los mejicanos. Pasó el ejército por algunas poblaciones, en las que se les dispensó muy buena acogida; pero no tardaron los españoles en experimentar los trabajos que les aguardaban: por espacio de tres dias tuvieron que atravesar por unas montañas cuyos estrechos senderos estaban al borde de inmensos precipicios; era intenso el frio á causa de las continuas lluvias. No encontrando los soldados un solo árbol para construir un pequeño albergue, se veian precisados á dormir sobre el húmedo suelo. En fin, la falta de vi-

veres contribuia á aumentar el horror de su situacion; pero al llegar á la cumbre de la sierra, varió la naturaleza de aspecto: se apercibió una vasta llanura muy bien cultivada y una poblacion situada al pie de la montaña. La deslumbradora blancura de las paredes de los edificios despertó á los soldados el recuerdo de los pueblos de su patria, olvidaron todos sus cansancios y penalidades, abandonándose á la mas viva alegría.

Cortés hizo dar cuenta de su llegada al cacique de Zocoatlán; no tardó en presentarse ese gefe con un numeroso acompañamiento, pero se observó que su agasajo y su finura procedian mas bien del artificio que de la voluntad. Recibiólo Cortés con una mezcla de franqueza y de majestad y creyendo encontrar en él resentimientos contra Motezuma, le preguntó si era súbdito suyo. « ¿ Hay alguno sobre la tierra que no sea esclavo ó vasallo de Motezuma? » respondió bruscamente el indio. Echándose Cortés á reir, le dijo que en Zocoatlán se conocia muy poco el mundo; puesto que los españoles eran vasallos de un monarca tan poderoso, que contaba entre sus súbditos muchos príncipes mas grandes que Motezuma. Tomó el cacique un tono bastante grave: « Es Motezuma, le dijo, el mas poderoso monarca que nosotros hemos conocido; nadie es capaz de retener en su memoria el nombre de las provincias que á su imperio están sometidas; tiene establecida su corte en una ciudad inacce-

sible , fundada en el agua , rodeada de lagunas ; la entrada es por algunos diques ó calzadas interrumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aberturas por donde se comunican las aguas.» Exageró , prosigue Diaz , las inmensas riquezas de su señor , la fuerza de sus armas y sobre todo la desgracia de aquellos que á él no querian someterse ; era la suerte de estos últimos servir de víctimas para los sacrificios. Se inmolaban todos los años sobre los altares de sus dioses mas de veinte mil de sus enemigos ó de sus vasallos que se habian insurreccionado. Con la contestacion que hizo Cortés , pronunciada con un aire de cólera , dió á comprender que poco le intimidaba este cuadro , ensalzó la fuerza de sus soldados , de los cuales el mas débil era capaz de derrotar un ejército entero. «Yo jamás , dijo , desenvaino mi acero , si no se me ataca ; pero desde el momento en que estará desnudo pasaré á sangre y fuego todo cuanto se me presente. Producirá la naturaleza mónstruos en favor mio y lanzará el cielo sus rayos , puesto que vengo á defender su causa y á destruir los errores de vuestra religion , lo mismo que esos sacrificios humanos que citais vosotros como una de las grandezas de vuestro rey.» Despues levantándose con vivacidad y dirigiéndose á sus soldados : «Amigos , dijoles con una voz enérgica , eso es lo que buscamos , grandes peligros y grandes riquezas : esas prometen fortuna , aquellas gloria.» Produjeron estas palabras el efecto deseado ; mostróse menos

orgullosa el cacique , aparentando una grande deferencia á los españoles ; gracias á su cuidado , llegaron provisiones en abundancia , y durante los cinco dias que permaneció Cortés en esta poblacion , no cesó de dar pruebas de sus buenas intenciones , las que no se atribuyeron á su amistad , sino á su temor. En efecto , todo lo que estaba viendo , contribuia á darle una alta idea de la superioridad de los españoles. El aire marcial de los guerreros , la docilidad de los caballos , la esplosion de los mosquetes , los vestidos , las armas eran otras tantas causas de admiracion para los espíritus tímidos de los indios. Lo que mas aterrorizaba al cacique , era el ver como á pesar de las relaciones que habia hecho del poder del tirano Motezuma , los extranjeros sin embargo no dudaban en combatirle ; á su modo de pensar no eran hombres , sino dioses.

Consultó Cortés al cacique sobre el camino que habia de emprender ; este le aconsejaba el de Cholula , rica é industriosa provincia , cuyos pueblos dedicados mas á la agricultura y comercio que á las armas estarian mejor dispuestos á recibirle ; los zempoales empero eran de contrario parecer ; decian que los habitantes de Cholula eran una tribu pérfida de la cual no debia fiarse ; manifestaban tambien que la capital estaba ocupada por una numerosa guarnicion de mejicanos , mientras que la provincia de Tlascala era mas poblada , mas valiente y estaba continuamente en guerra con Motezuma ; que sus

habitantes tenían confederacion y amistad con los totonaques y zempoales.

En esta incertidumbre , creyó el general deber dar la preferencia al consejo de sus aliados que le habian dado ya otras pruebas de fidelidad, mientras que el cacique podia meditar una traicion; en consecuencia ordenó á sus tropas que estuvieran dispuestas á marchar hácia Tlascalala.




---



---

## CAPITULO IX.

### *Guerra con los tlascaltecas.*

La vasta y populosa provincia de Tlascalala, aunque menos civilizada que Méjico , estaba mas adelantada en las artes que ninguna otra poblacion de las que habian visitado los españoles. Su fértil territorio encerraba muchas ciudades situadas jeneralmente sobre alturas , ofreciendo de este modo á los habitantes la doble ventaja de estar en una buena posicion para defenderse y poder cultivar su llanura. Casi se alimentaban no mas que de la caza; la costumbre de este ejercicio habia aumentado la fiereza y la independencia de su carácter; continuamente estaban batallando con las huestes de Motezuma. Gobernados primitivamente por reyes , habian echado